Un semblanza de Alaíde Foppa

Annunziata Rossi

Todas las veces que se me ha propuesto participar en mesas redondas para hablar de Alaíde Foppa o escribir de ella, busqué, y hay que decirlo, con remordimiento, pretextos para declinar la invitación porque me era doloroso hablar de una persona querida muerta, sobre todo desaparecida en circunstancias tan trágicas; "desaparecida", es decir brutalmente asesinada. Es el mismo sentimiento que, cuando viví en la calle de Olivo, me hacía dar vueltas y vueltas por las calles de la Florida, para evitar la casa de la esquina de Camelia y Hortensia, donde Alaíde vivió feliz largos años con su familia, y donde yo, que habitaba a tres o cuatro cuadras de ella, iba a menudo a comer, platicar, trabajar con ella o asistir a sus reuniones en las que estaba presente la inteligencia de México y del exilio. Hoy, a veinte años de su desaparición, siento el deber de contribuir a mantener viva su memoria, a recordar aquel 1980, cuando empieza la destrucción de la familia Solórzano-Foppa primero con la muerte de su joven hijo Juan Pablo en la guerrilla de Guatemala, después con la de su esposo, Alfonso Solórzano, atropellado en Insurgentes por un coche que huyó —y muchos se preguntan todavía si no se trató de un atentado—, y luego, en aquel terrible 19 de diciembre, con la supresión de Alaíde, a la que seguiría la de otro de sus hijos, Mario, acribillado en una estación de Guatemala. De una familia tan unida quedan tres hijos que viven dispersos por América Latina.

Alaíde Foppa fue, es, una mujer sobre la cual se podría hablar largamente, como amiga generosísima, leal en la amistad y en la relación con los demás, como intelectual, como maestra y escritora, como crítica de arte y periodista, como traductora del francés y del italiano y, en fin, como mujer enteramente empeñada en la defensa de los derechos humanos de las comunidades indígenas y de las mujeres quichés.

Conocí a Alaíde en 1966, cuando me llamó para dar clases en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Me encontré con una mujer muy femenina, de modales sencillos y refinados. No había nada en ella

de la pedantería que se encuentra en muchos intelectuales. Me encantó su voz, su hermoso rostro melancólico, de grandes ojos castaños que se iluminaba con una espléndida sonrisa que revelaba su luz interior. Con esta sonrisa la recuerdo todavía. Nuestra amistad fue lenta, hasta culminar en una estrecha relación de estimación y de afecto mutuos: hecha, por su parte, de benévola ironía por mis *gaffes*, por mis exabruptos; por mi parte, de burlona condescendencia hacia la "borgheese illuminata" como la llamaba a veces, epíteto del que se reía con su acostumbrado sentido del humor. Hablábamos poco de política —esto llegó más tarde—, mucho de literatura. De nuestras conversaciones sobre la cultura italiana, recuerdo la más frecuente y acalorada sobre Maquiavelo. Discrepábamos pero terminábamos, como siempre, riendo. Nunca logré convencerla del moralismo del gran florentino. La separación entre política y ética la llenaba de horror.

Otros de los temas que tocamos en varias ocasiones —importante para conocerla— fue su juventud cosmopolita que despertaba mucho mi curiosidad. Nacida en Barcelona, España, y perteneciente a una rica familia de la alta burguesía, hija única de un diplomático y escritor ítalo-argentino y de una dama guatemalteca, doña Julia Falla, Alaíde viajó por todo el mundo y recibió una educación brillante. Cursó la preparatoria en Bruselas, también quiso dedicarse a la danza y entró en la escuela del ballet real de Bruselas donde, me contó sonriendo, las altas y longilíneas figuras de sus compañeras la convencieron de que no había nacido para el baile, y serenamente renunció para dedicarse a su auténtica vocación: la poesía y la escritura. Siguió escribiendo poesía, una poesía intimista, ensimismada, dirigida a su autoconocimiento. Después de la preparatoria, estudió en Florencia y terminó sus estudios en la facultad de Filosofía y Letras de Roma. Ya casada, durante una permanencia de dos años en París (donde nacieron dos de sus hijos), estudió en la Sorbona, sin llegar a doctorarse porque tuvo que regresar con su esposo a Guatemala. La estancia en diversos países europeos, de diversas lenguas, dio como fruto una cultura vasta, un crisol de muchas mezclas, que le hacían rechazar las diferencias nacionales, raciales, y acercarse a las diferencias no con tolerancia sino con interés y amor. Sin embargo, sentía como suyos el mundo y la cultura latinoamericanos de cuya vitalidad narrativa era entusiasta. Vivió en Guatemala, la patria de su madre, diez años apenas, desde el 1944 al 1954, excepto los dos o tres años en Francia. En Guatemala tuvo su primer encuentro con la

realidad latinoamericana. "Llegué a Guatemala", dice en una entrevista a *Excelsior*, en vísperas de la revolución democrática de 1944; "viví en pocos meses ese estado de angustia y opresión que ahora se ha renovado y está cada vez peor. Fue la primera vez que sentí a la gente, el miedo y la angustia, la enorme injusticia social, la pobreza y la explotación del indio. Para mí fue impactante. Comprendí que de alguna manera yo tenía que participar de todo aquello".

Con la caída del gobierno de Arbenz en 1954, tuvo que refugiarse en México con su esposo Alfonso Solórzano que había formado parte del gabinete de Arbenz. Pero nunca se sintió exiliada. Se identificó plenamente con el ambiente humano e intelectual que encontró. Por afinidad electiva, México fue una prolongación de Guatemala, tomó el lugar de la patria que prácticamente no tuvo. Entró al Departamento de Letras Italianas de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, ganándose con su participación activa y con su cordialidad la estimación y la simpatía de todo el grupo docente y administrativo.

Fue una maestra espléndida —sus clases eran de esa claridad que es siempre fruto de un gran conocimiento—, comprensiva con sus estudiantes, pero muy exigente: los estudiantes opinaban que demasiado. Como colega, inolvidable; por su trato, por su peso intelectual. Durante años, fue una serena e imparcial coordinadora del departamento de Letras Italianas, cuyo grupo docente acostumbraba a reunirse frecuentemente, costumbre que después de ella fue desapareciendo. En esas reuniones Alaíde sabía escuchar, discutía nuestras propuestas con gran respeto, incluso las que divergían de su posición, con un espíritu democrático que parecía innato, y que era fruto de una segunda naturaleza que se había creado.

Del valor, de la firmeza de Alaíde, doy un solo ejemplo: cuando escribe un artículo indignado criticando el discurso de López Portillo en su toma de poder, en lo referente a posición de la mujer en la sociedad; y era un momento en que el país no estaba todavía abierto a la vida democrática que hoy se está construyendo, día tras día: "Es deplorable", escribe Alaíde, "que el Presidente sólo pida a la mujer lo que milenariamente se nos ha pedido: permanecer en un papel tradicional, hoy al fin y al cabo ya tan profundamente impugnado y en parte modificado: el papel de acompañante ('que avancen a nuestro lado'), de musas inspiradoras ('que nos impulsen a ser mejores'), y seres misteriosamente intuitivos que, no por convicción y raciocinio, sino por instinto puedan tener un

'sentido de justicia". Y concluye: "Aun por un sentido de oportunidad política, el nuevo presidente podía haber aludido a lo que ocurre hoy en el mundo: la lucha de la mujer para ocupar un lugar de responsabilidad en la sociedad...; en todo caso, las mujeres somos algo más, señor presidente, que amables y placenteras acompañantes".

En los últimos años de su vida, años de intensa e incansable labor, Alaíde, sin abandonar sus clases en la UNAM, crea en Ciencias Políticas un curso de Sociología de la Mujer, muy concurrido, y en 1976 funda, con Margarita García Flores, *fem.*, la primera revista feminista en México y en América Latina. Fue, como dice Elena Poniatowska, el alma de la revista. En 1976, inicia una transmisión semanal en Radio Universidad, "Foro de la mujer", que llegó a las cuatrocientas transmisiones, interrumpidas por su muerte. Su programa tuvo fuerte impacto y suscitó indignación por la realidad que revelaba: la represión indígena en Guatemala y la violencia sanguinaria contra las mujeres quichés sometidas al estupro, a la violación, a la tortura y a la muerte. Estas transmisiones y su repercusión en la opinión pública no sólo mexicana, generaron el odio del gobierno guatemalteco y decidieron su trágico final.

El 18 de diciembre de 1980, Alaíde Foppa fue secuestrada frente a la casa de su madre en Guatemala, mientras subía al coche —el chofer fue asesinado—, y de ella no se supo más. Su desaparición sacudió al mundo entero. La noticia fue pronto propagada por los diarios más importantes del mundo occidental: *Le Monde* y *L'Humanité* en Francia, *Il Corriere della Sera* y *L'Espresso* en Italia, *The London Guardian* en Inglaterra, *The New York Times* y *The Washington Post* en Estados Unidos. En todas partes de Europa y América se levantaron de inmediato protestas, se armaron mítines para exigir su liberación. En México se realizó un mitin permanente frente a la embajada de Guatemala y se constituyó un comité por la vida de Alaíde Foppa, que trabajó largos meses. Todo fue inútil. El gobierno de Guatemala contestó con el impudente silencio de las dictaduras sanguinarias. Alaíde yace ahora en una "Illacrimata sepoltura", como el poeta desterrado Ugo Foscolo, al que amó y dedicó su último libro, publicado póstumamente en 1984, en una de las tantas fosas comunes, junto con las víctimas a las que había defendido.

Es así cómo la "borghese illuminata", cuya madre poseía latifundios en Guatemala, acabó por tomar una posición de crítica despiadada en contra de la clase dirigente guatemalteca y en contra de sus propios intereses de clase, consagrándose de lleno a la defensa de las comunidades

autóctonas, en un momento en que el problema indígena no rebasaba el ámbito de los estudios especializados de historiadores, etnólogos y antropólogos.

Toca a Alaíde Foppa el enorme mérito de haber dado a conocer, abiertamente y sin miedo a las consecuencias, el genocidio de los nativos, de haber sido la pionera que, aislada, puso la primera piedra de un vasto movimiento cuyo proceso ha ido avanzando hasta hoy. El reconocimiento mundial de Rigoberta Menchú, no hay que olvidarlo, es también el corolario de la labor y el sacrificio de Alaíde, de quien México, que lo dio abrigo, se enorgullece, con todo y el dolor que nos embarga al recordarla.